



Más que precursores de un legado



POR: RAMSÉS VALDÉS HATMAN / FOTO: ARCHIVO DEL AUTOR

En el mundo del ballet cubano, algunos nombres resuenan con la fuerza de un legado. Laura Alonso es mucho más que la hija de dos grandes visionarios –Fernando y Alicia Alonso–; es la guardiana de una tradición. Con una carrera dedicada no solo a interpretar, sino a transmitir y preservar, Laura encarna la unión indisoluble entre el pasado y el presente de la danza en Cuba.

La maîtresse Laura comenta cuán retador pero apasionante fue interpretar a Bertha mientras su mamá hacía de Giselle, y alegaba cuán divertido era "mandarla", porque en la vida real siempre "era al revés". Las travesuras entre madre e hija no faltaron sobre el escenario. Sobran anécdotas, como la de La Fille Mal Gardée, cuando Laura llenó la regadera de su madre, y a esta no le quedó más que verter el agua sobre su compañero de baile. "Pero Giselle era intocable", relata Laura.

¿Y por qué todo menos Giselle?

—Por ser una obra muy difícil técnicamente, y aún más la interpretación. No te puedes desconcentrar en lo que estás haciendo.

¿Cómo recuerda a su madre en ese personaje?

—Siempre me hacía llorar. La fragilidad humana que reflejaba, el dolor de una traición de amor... Ella hacía que todos sintieran una vulnerabilidad solo comparable a la de un pájaro herido. Podía romper corazones.

En el año 1964, bajo la dirección de Enrique Pineda Barnet, afamado director de cine cubano, se realizó la película Giselle, donde Laura Alonso desempeñó los roles de una de las amigas de la joven campesina y de una Willi. A juicio de su director, "la película trata de fijar para el futuro la creación de Alicia Alonso y de su grupo en Giselle, [...] además de llevar a cabo una labor de interpretación; es decir: deformar el ballet, convertirlo en un hecho artístico nuevo... y buscar en ella una coherencia con el cine".

Este profundo trabajo de mesa logró que en 1966 al Ballet Nacional de Cuba le fuera otorgado el Grand Prix de la Ville de París por su

interpretación de este clásico del romanticismo en la danza.

Al preguntarle a Alonso sobre la vigencia de aquel trabajo escénico que los galardonó, revela que también lo aplicó con los actuales bailarines, construyéndoles a todos una personalidad que se adaptara a su rol y a sus reacciones. Enfatiza que este proceso de creación es fundamental para mantener la frescura y relevancia de la obra, permitiendo que cada intérprete aporte su esencia. De esta manera, no solo se preserva el legado del ballet, sino que también se enriquece con la individualidad de cada bailarín. "Un bailarín no puede entrar a escena porque va a bailar y ya. Tienes que reflejar, y eso es lo que hace compleja a esta obra: una razón, una historia".

Sobre los principales retos al montar esta Giselle, comenta que, sin duda alguna, fue la producción. "Recuerda que Cuba está pasando una crisis económica. Todo se ha logrado con imaginación, porque eso es el teatro: pura magia". En cuanto a la vigencia de la escuela cubana de ballet, método creado e internacionalizado por su familia, explica:

"Todo en la vida tiene un desarrollo. Se llega a un punto y de ahí alguien tiene que continuar... tomar esa antorcha y seguir expandiendo y preservando el legado. La escuela cubana es nueva en comparación con las otras. Fue idea de mi tío, Alberto Alonso, pero mi padre, Fernando, usando a mamá, Alicia, de modelo, hizo una gran investigación junto al doctor Martínez Páez, agregando el desarrollo del deporte, y con eso conformaron una nueva metodología".

A pesar de los roles protagónicos que ya tiene en su repertorio –El Lago de los Cisnes, El Corsario, Cascanueces–, Giselle ocupa un lugar especial. La define como "una obra cumbre" dentro de la cultura cubana y está convencido de su vigencia eterna gracias a "el frescor, la trama e historia que el romanticismo representa".

¿Crees que en Cuba hay muchas Giselle?

—Hay muchas bailarinas que la han interpretado, pero muy pocas llegan a serla.



Ficus: nueva exposición en Habana Espacios Creativos

TEXTO Y FOTO: MARIAN EUGENIA SERRANO ESTEPA

Olivia Torres Díaz pinta entornos de su cotidianidad. Recrea en el lienzo los paisajes que imagina. Su obra dialoga con el realismo y la abstracción. En la tarde de este viernes 19 de septiembre, Habana Espacios Creativos acogió la inauguración de la nueva muestra de esta artista visual, graduada de la Academia de Bellas Artes de San Alejandro y del Instituto Superior de Arte (ISA).

A través de las obras "21 y 64", "Lamparilla y Compostela" y "10413", tres grandes pinturas con la técnica de óleo sobre lienzo, la autora muestra paisajes con detalles arquitectónicos donde interviene la naturaleza: esquinas, columnas, muros, detalles de edificios de la ciudad. Además, como parte de la exposición se exhiben obras en otros formatos como el videoarte y la instalación.

La artista comenta, en exclusiva con **Tribuna de La Habana**, que para conformar las obras se inspiró en lo finito de las ruinas y la resiliencia de lo natural, específicamente de la planta llamada Ficus que concede el nombre a la muestra. "La mirada que quiero ofrecer va más hacia lo poético, que habla de que todo lo natural recupera su espacio. De eso tienen que ver las obras, especialmente la instalación donde las luces representan las semillas que pueden crecer en medio de las ruinas y los escombros", afirmó Torres Díaz.

"El videoarte tiene que ver con la documentación del espacio en el que trabajo, donde descubrí que también hay una planta que invade ese lugar. Las obras expresan esa resistencia de la naturaleza. La última pieza, titulada "Corazón", está hecha con las raíces de Ficus que recolecté y conecta con series anteriores", agregó la artista. Desde Tribuna de La Habana queda hecha la invitación a visitar esta muestra que, desde las artes visuales, explora una mezcla de naturaleza y arquitectura típica de nuestra capital.

